

El proceso de construcción de las vanguardias en la revolución latinoamericana

Clodomiro Almeyda Abogado, profesor universitario y sociólogo chileno. Director de la Escuela de Sociología de la Universidad de Chile (1965-1966). Fue canciller durante el gobierno de Salvador Allende. Actual Secretario General del Partido Socialista de Chile. Autor de varios libros y ensayos, entre ellos: "Reflexiones Políticas", "Hacia una Teoría Marxista de Estado", "Sociologismo e Ideologismo en la Teoría Revolucionaria", y "Liberación y Fascismo".

La vanguardia es producto de la historia y de la lucha

La experiencia revolucionaria contemporánea en América Latina está entregando valiosas y novedosas lecciones acerca de la forma histórica en que en nuestro continente se van construyendo las vanguardias conductoras que orientan los procesos democrático-revolucionarios en la dirección del socialismo.

Partimos de la base teórica de que la existencia de esas vanguardias - definidas por su rol de conducción unitaria de los procesos revolucionarios - es condición esencial e imprescindible para el éxito de la empresa transformadora de nuestras sociedades hacia el socialismo.

No sólo, desde luego, porque la experiencia latinoamericana y mundial así lo indica, sino porque esa experiencia refleja una verdad esencial en el cuerpo teórico del marxismo, cual es el de que la conciencia de clase, a nivel político - a lo que los clásicos se referían cuando hablaban de la "clase para sí -, no tiene por sujeto a un sector social sociológicamente definido, sino a un sujeto cuya potencialidad revolucionaria está determinada por la confluencia en él de dos elementos esenciales: Primero, la energía y rebeldía que emerge del descontento de las clases explotadas, y en especial de la clase obrera; y segundo, la conciencia en ellas de la naturaleza de la explotación que sufren y de la necesidad y objetivos del movimiento social que tiende a liberarlas, y que cristaliza en el socialismo y el comunismo.

Es lo que en palabras sencillas decía Lenin, cuando definía al partido revolucionario, como la síntesis del movimiento obrero - su componente sociológico objetivo -, con el pensamiento socialista - su componente ideológico y subjetivo -.

Esto significa en primer lugar, que el sujeto de la revolución, su vanguardia, su fuerza dirigente, no se confunde desde luego con todo el pueblo explotado ni siquiera con toda la clase obrera, como realidad sociológica, la que como totalidad es sólo "una clase en sí", para usar la terminología de los clásicos, sino que ese su-

jeto es solamente una parte de ese pueblo y de esa clase, la más consciente, la que sabe a dónde va y por consiguiente está en condiciones de orientar y conducir, y de organizarse para ello.

Esto significa, en segundo lugar, que esta fuerza dirigente o vanguardia, no está dada, sino que hay que crearla, construirla a través de un proceso de unidad y de lucha dentro de la clase obrera y del pueblo y contra los adversarios de la democracia y el socialismo.

Un segundo parámetro que nos entrega la práctica y la teoría, es que la vanguardia debe ser unitaria, en el sentido de que los objetivos hacia donde orienta, organiza y conduce a las masas y al pueblo deben ser coherentes entre sí y deben ser los mismos para todo el movimiento social que se promueve. En otras palabras, no cumple su función dirigente un sistema de partidos que imparte orientaciones contradictorias, opuestas entre sí. No puede haber en consecuencia dos políticas obreras o más, dos o más líneas políticas que se hacen el juego las unas a las otras, ya que ello las llevaría a neutralizarse entre sí, debilitándose su fuerza potencial en provecho del enemigo. No puede en consecuencia, una instancia política cumplir su tarea conductora si ella se expresa en dos o más estrategias, líneas u orgánicas que tienen políticas opuestas y contradictorias.

Pero como la verdad y la razón no advienen de golpe y desde el comienzo en plenitud, en virtud de un designio providencial que no existe, es menester reconocer también que esa verdad y esa razón, y por consiguiente, la unidad a su alrededor tampoco está dada, sino que se construye, se crea, se desarrolla en la lucha misma contra el enemigo de clase, enriqueciéndose con las lecciones de los avances y victorias y con las enseñanzas de los retrocesos y derrotas, que la autocrítica debe poner en evidencia.

Todo esto conduce a sostener que no existen ni vanguardias predestinadas a serlo, ni verdades preestablecidas.

El ser realmente vanguardia es un producto pues de la historia y de la lucha, se forja en el combate y se conforma en la práctica exitosa, en el desarrollo ascendente de los procesos revolucionarios que ella conduce.

Tal conclusión aparece claramente avalada por la experiencia latinoamericana contemporánea.

Desde luego, por la experiencia, la más importante, de la revolución cubana.

Aquí, en esta isla, se construyó en la lucha una vanguardia, que ha cristalizado finalmente, después de un proceso no exento de problemas, en el Partido Comunista de Cuba.

En Nicaragua, la experiencia de la lucha sandinista contra la tiranía somocista arroja la misma enseñanza. También allí, en el decurso del combate, se fue forjando la conducción unitaria y la práctica fue diluyendo las diferencias - que en parte eran artificiales - y generando un consenso básico que ha sido más que suficiente para legitimar la constitución del Frente Sandinista de Liberación Nacional, como vanguardia indiscutida y operante del proceso revolucionario.

Lo suyo cabe decir acerca de lo que está ocurriendo en El Salvador, donde diferentes destacamentos de distinta proveniencia social, histórica e ideológica, se están confundiendo en la lucha a través de su conjunta participación en la guerra popular revolucionaria, en el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional y en el Frente Democrático Revolucionario, no sin también dificultades y tropiezos, que la práctica siempre va superando en la medida que las exigencias de la lucha iluminan más que las discusiones teóricas el camino que realmente conduce a la victoria. Fenómeno semejante al salvadoreño es, por otra parte, el que, al mismo respecto, se vive ahora en Guatemala, donde también al calor de la lucha confluyen y se articulan los distintos componentes del movimiento revolucionario.

No pretendemos aquí hacer un registro completo y exhaustivo de las experiencias latinoamericanas que se mueven en el mismo sentido que las anteriores. Pero en el proceso que hoy se desarrolla en el seno de la izquierda chilena, para superar las carencias de la Unidad Popular, y dar origen a una nueva y superior forma de convergencia revolucionaria; en la acción común que desarrollan distintas fuerzas políticas revolucionarias en el seno de la UDP boliviana y en el Frente Amplio uruguayo; en los avances del proceso unitario de la izquierda peruana, o en otras experiencias similares, en todos estos casos, se advierte como progresa la tendencia hacia la unidad de las fuerzas revolucionarias, asumiéndose la circunstancia de su composición inicialmente pluralista, como estadio necesario en el proceso, para conferirles representatividad y amplitud, condición necesaria para adquirir la fuerza suficiente para poder orientar, conducir y dirigir.

De las acciones comunes a una orgánica común

En el decurso de la lucha y durante la construcción de la unidad y de la vanguardia, la vida va separando la paja del grano.

No todos los componentes iniciales del proceso revolucionario van madurando al mismo ritmo, y segmentos mayores o menores de los mismos pueden no seguir acompañando a la corriente fundamental que avanza política e ideológicamente. La experiencia constata como en el seno de las grandes corrientes político-ideológicas con virtualidad revolucionaria, mientras una parte converge hacia superiores y unitarios consensos y formas de acción, otras partes se desvían de esa dirección principal, sea hacia la "izquierda" o hacia la derecha, lo que es, por lo demás, un fenómeno natural y explicable. Aún más, la circunstancia de que no todos los que comienzan unidos, llegan a terminar también unidos, es lo que permite la su-

peración cualitativa del proceso, pero a costa de ciertas pérdidas cuantitativas, y de derrotas de ideas equivocadas, que es el precio que se paga por avanzar. Sin ese costo, sería imposible el progreso, porque el avance es el resultado siempre de una pugna de puntos de vista, que reflejan realidades sociales, y en la que siempre a la larga hay vencedores y vencidos. Y a veces estos últimos no se resignan a seguir a los vencedores, y no se convencen, por lo que en definitiva se separan del tronco fundamental de la corriente revolucionaria.

El período de construcción de la vanguardia unida, por tanto, atraviesa por etapas. En sus comienzos puede simplemente iniciarse por acciones comunes, sin mayores compromisos políticos y orgánicos. Luego, en una fase superior, puede tomar la forma de alianza política o bloque; para en una fase posterior y ganado un consenso profundo en la lucha, devenir en una orgánica común.

Es lo que con mucha nitidez se observó en la experiencia cubana, donde las acciones comunes antibatistianas confundieron en la lucha a vertientes ideológico-políticas diferentes. Luego esos avances unitarios se concretaron en las llamadas Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI) para luego pasar en un estadio superior a constituir el Partido Unido de la Revolución Socialista Cubana (PURSC), para culminar el proceso de construcción de la vanguardia con la formación del Partido Comunista de Cuba.

Esto no quiere decir en manera alguna que en todos los ámbitos latinoamericanos el proceso siga esa línea tan nítida de etapas diferenciadas y de avances sucesivos. Evidentemente no es ni será en todas partes así. Pero el caso cubano contribuye a aclarar el sentido general que tiene el proceso de construcción de las vanguardias. Desde luego, las propias y vivas experiencias de Nicaragua y El Salvador, revisiten modalidades diferentes. Y es obvio que en otros países como Chile por ejemplo, el proceso es más complejo y asume formas específicas y diferentes de las anteriores. En ciertos casos, como el argentino o brasileño, no se vislumbra todavía en forma clara la conformación de un núcleo inicial y gravitante de convergencia que desate un proceso real de construcción de la vanguardia, como el que se constató en las experiencias de Cuba, Centroamérica, e incluso en el propio caso chileno.

El origen pluralista de las vanguardias en América Latina

Capítulo especial merece el análisis más detenido del concepto fundamental que preside estas consideraciones y que podríamos denominar como tesis acerca del origen pluralista de las vanguardias en América Latina.

Esto significa que se postule como regla general que, en nuestra región las vanguardias tienden a construirse como resultado de la convergencia de diversas vertientes revolucionarias, más que por el desarrollo orgánico de una sola de ellas

que cubre todo el espacio político revolucionario y simplemente absorbe y supe-
dita a todas las demás.

Este fenómeno - que no parece ser el más frecuente ni en Europa ni tampoco en
Africa, se presenta especialmente en nuestra región por variadas razones. Funda-
mentalmente, debido a la gran heterogeneidad estructural de nuestras sociedades
nacionales, en la que subsisten espacios sociológicos, históricos e ideológicos muy
diferenciados, cada uno de los cuales refleja una realidad distinta, que se expresa
en actitudes y conductas, ideas y organizaciones, de orientación revolucionaria
bastante diferenciados entre sí, tanto por su diversa inserción en la estructura so-
cial, como por las variadas culturas políticas y hasta el lenguaje de que son tribu-
tarios, así como por el impacto específico que la coyuntura histórica de su naci-
miento le imprime, sobre todo en la primera fase de su existencia, a todo su com-
portamiento político.

Idealmente podemos concebir a una organización revolucionaria, que expresando
un momento histórico y un espacio social e ideológico determinados, tenga a la
vez la amplitud y la disposición para recoger en su seno en el proceso de su desa-
rrollo a todas las otras vertientes revolucionarias, anteriores y posteriores, que al-
guna contribución específica pueden aportar al progresivo desenvolvimiento del
movimiento revolucionario. En este supuesto caso, obviamente, esa organización
tendría la virtualidad de confundirse con la vanguardia y su propio desenvolvi-
miento se confundiría con el de la vanguardia misma.

Pero desgraciadamente la realidad y la historia nos dicen que no es eso lo que
ocurre en nuestra América, por lo general. Las distintas organizaciones revolucio-
narias que asumen la representatividad de un espacio social, ideológico e históri-
co, tienden a sectarizarse y a sentirse y comportarse como si fueran dueñas abso-
lutas de la verdad y, en consecuencia, a subestimar, a desvalorar, a desconocer el
aporte de lo creador y Positivo que se puede recoger para la revolución, fuera de
sus propias filas. Y aún más, a veces - y no pocas - las organizaciones revolucio-
narias tienden a exagerar sus discrepancias y hasta a considerarse mutuamente
en la práctica, como enemigos principales, todo lo cual dificulta o hace imposible
que sea en el seno y en la orgánica de un solo partido, donde se forje la unidad de
los distintos aportes con que las diferentes etapas, experiencias o ideas revolucio-
narias pueden contribuir a la emergencia y desarrollo de una fuerza dirigente,
que en los hechos asume la representatividad de la clase obrera, del pueblo y la
nación, en la pugna contra sus enemigos.

Es por eso que por regla general, en nuestros países, la conformación de las van-
guardias, supone un proceso de convergencia de distintas vertientes y orgánicas
revolucionarias, que cristaliza en alianzas o bloques, pero que tienden a una uni-
dad cada vez mayor, sobre todo cuando las exigencias de la lucha les hacen ver
claro la urgencia de esa unidad, para adquirir la fuerza necesaria para vencer.

Una precisión importante para que pueda comprenderse la idea fundamental que preside estas consideraciones es que cuando hablamos de un proceso de convergencia hacia la constitución de la vanguardia revolucionaria, no nos estamos refiriendo a las más amplias alianzas políticas que persiguen sólo objetivos democráticos, nacionales y antimperialistas, sin estar orientadas explícita y conscientemente hacia el socialismo.

Estas alianzas - Frentes Populares, Frentes Democráticos o Frentes Antifascistas - incluyen a fuerzas que no son socialistas, o que incluso aspiran a un modelo de sociedad distinto del socialista. Entre ellas no es posible plantearse la conformación de una vanguardia del proceso revolucionario, en el sentido marxista, sino sólo el de una coalición de fuerzas que se unen tras objetivos, que por importantes y necesarios que sean, como es la conquista o la recuperación de la democracia, no tienen la profundidad requerida para que sus componentes puedan cumplir como conjunto su rol de vanguardia. Ello sin perjuicio que durante el transcurso del proceso revolucionario, parte de esas fuerzas puedan radicalizarse y comprometerse con ese proceso, llegando por último a integrarse a la vanguardia, lo que es de ordinaria ocurrencia en América Latina. Diríamos más, la generalidad de las veces, las corrientes políticas de extracción no obrera y de ideología no marxista, que han llegado a devenir fuerzas revolucionarias, han comenzado por ser sólo integrantes de amplias alianzas de contenido democrático y no socialista. Pero para que realmente se conviertan en ingredientes idóneos para integrar la vanguardia, es menester que hayan ya recorrido esa etapa de aproximación, y se hayan convertido en fuerzas objetivas y subjetivamente revolucionarias.

Vertientes históricas que han influido en la conformación de las vanguardias

Vamos ahora a intentar hacer un registro de las diversas vertientes históricas que han ido en los hechos confluyendo, en parte al menos, a la configuración de las vanguardias revolucionarias en América Latina.

Cronológicamente, la primera de ellas proviene del impacto producido por la Revolución de Octubre en los partidos de base obrera que se constituyeron a comienzos de siglo en el subcontinente, sobre la base del incipiente proletariado industrial y minero, resultante de las primeras etapas de nuestra industrialización.

Luego de la revolución rusa, como consecuencia de la formación de la III Internacional, o en el decenio siguiente, pero siempre como reflejo del Octubre Rojo, esos primeros partidos obreros de orientación socialista, total o parcialmente, luego de escisiones producidas en su seno, pasaron a constituir los partidos comunistas latinoamericanos. En ellos es característico su afirmación internacionalista, traducida en su valoración y en su lealtad al naciente país de los soviets, así como la adopción de un modelo de orgánica calcado del modelo bolchevique de partido.

Una segunda ola de fuerzas políticas de orientación socialista nació durante los años treinta, como resultado principalmente de los efectos sociales y políticos generados por la gran depresión de aquellos años en la economía mundial, que al plantear la crisis del modelo colonial "de desarrollo hacia afuera", dejó un cortejo de cesantía y de miseria que estimuló profundamente el descontento y la rebelión popular de masas.

Esta coyuntura subversiva no fue por regla general interpretada adecuadamente por los partidos comunistas de la época, que habían caído en una deformación sectaria y dogmatizante que los aisló de las masas, restándoles capacidad de convocatoria.

El vacío orgánico-político así creado, generó las condiciones para la emergencia de partidos populistas de masas, con rasgos antimperialistas y democratizadores y una orientación en general socializante, y con una abigarrada inspiración ideológica, en la que se mezclaron ingredientes anarquistas y libertarios, ideas nacionalistas y conceptos marxistas, provenientes en gran parte de los sectores de los antiguos partidos obreros que no se incorporaron a la III Internacional y/o de contingentes de la pequeña burguesía radicalizada en el combate social y empobrecida por la crisis.

Nuestro Partido Socialista de Chile, nacido en 1933 es un ejemplo típico de esta clase de organización política.

Los partidos de este tipo siguieron con el transcurso del tiempo trayectorias diferentes y contradictorias. Mientras algunos evolucionaron hacia la izquierda, acercándose cada vez más hacia consecuentes posiciones revolucionarias, como es el caso del Partido Socialista de Chile, en otros casos esas colectividades oscilaron hacia la derecha, como ocurrió con el APRA y Acción Democrática de Venezuela, no sin que dentro de esas fuerzas se hayan dejado de producir escisiones de izquierda, que después se han orientado hacia consecuentes posturas revolucionarias.

Una tercera fuente de afluentes a la vanguardia revolucionaria en América Latina, proviene de la radicalización de parte de los sectores obreros movilizados políticamente con una orientación nacionalista y antimperialista, que se desarrollaron después durante el período de auge de la industrialización sustitutiva de importaciones, sobre todo en la segunda posguerra, en los países más avanzados económicamente, como la Argentina y el Brasil.

Réplicas significativas de esas tendencias en aquel los países, podemos también encontrar, con características específicas, derivadas de lo particular de los procesos políticos nacionales, en las distintas gamas de populismos nacionalistas que proliferaron en nuestros países durante los decenios cincuenta y sesenta, y cuyas alas de izquierda en muchas partes han pasado a constituir componentes importantes de los respectivos procesos revolucionarios.

Como una variante de esta vertiente podemos también considerar a las tendencias de la izquierda boliviana que encuentran sus raíces en el nacionalismo revolucionario que protagonizó la revolución de 1952 y que en una u otra forma están hoy presentes en las promociones de vanguardia del movimiento popular de ese país.

Vale la pena sí, consignar, que en la práctica de las alianzas políticas, la inclinación de muchas de las fuerzas de esta tendencia a constituirse en alternativa a los partidos obreros y socialistas tradicionales y la impermeabilidad de muchos de estos últimos para reconocer el aporte social e ideológico de aquellos, ha dificultado y dificulta el entronque de esta corriente con el resto de las fuerzas revolucionarias.

Una cuarta vertiente del torrente revolucionario latinoamericano, lo constituye la proveniente del impacto de la revolución cubana en la región, en la ideología y en la práctica políticas, que se manifestó con especial gravitación en los años sesenta y que después ha significado un enriquecimiento apreciable del acervo político de la izquierda latinoamericana.

No es el objeto de estas líneas valorar el aporte y la influencia de la revolución cubana en el continente. Basta decir que la implantación en suelo americano, a pocas millas de los Estados Unidos, de una experiencia revolucionaria y victoriosa, crecientemente consolidada, hubo de impactar profundamente, sobre todo a las promociones juveniles latinoamericanas. La tendencia predominante en los primeros tiempos hacia una aplicación mecánica de los rasgos más característicos de la revolución cubana a otros ámbitos continentales, ha ido progresivamente cediendo el paso a una recepción más profunda de sus enseñanzas, lo que entre otros efectos positivos, ha ido favoreciendo la convergencia hacia posiciones comunes de esta corriente con otras fuerzas revolucionarias, lo que puede observarse claramente en estos días en el panorama político latinoamericano.

En fin, la última vertiente que en nuestra región ha ido incorporándose al conjunto de fuerzas revolucionarias, en creciente proceso de entendimiento, es la que se presenta identificada por el signo cristiano en su que hacer político. Producto por una parte de los cambios producidos en el seno de la Iglesia Católica, de resultados del Concilio Vaticano II, reflejados en América Latina en el Encuentro Episcopal de Medellín, y por la otra, del compromiso práctico en la lucha, de eclesiásticos y de laicos, el cristianismo radicalizado y combatiente ha enriquecido también considerablemente el contenido nacional y popular del movimiento revolucionario, comprobando en la práctica el juicio del Che Guevara, cuando señalaba que si el cristianismo popular se confundiera con el movimiento revolucionario, la fuerza de este último lo haría indetenible.

Demás está decir que el cuadro aquí bosquejado se muestra con perfiles propios en cada uno de nuestros países. Las formas orgánicas y partidistas en que cristali-

zan las tendencias mencionadas, son variadas y específicas, pero en sustancia, donde más, donde menos, estas corrientes político ideológicas se hacen presente en nuestro escenario político, dando cuenta a su manera de lo que es nuestra realidad en proceso de transformación.

Basta tan sólo pensar en el caso tan particular de México, país en el que la gesta revolucionaria que vivió a comienzos de esta centuria, y que tan profunda huella ha dejado en su historia hasta el presente, ha refractado la incidencia de cada una de las vertientes registradas en su proceso social, configurando un original sistema político, que poco tiene que ver con el del resto de las naciones del continente.

Toda unidad de izquierda es ejemplar

Hecha esta breve incursión en nuestra reciente historia política, procede volver a retomar las consideraciones iniciales de esta exposición.

Cada una de las tendencias enunciadas, refleja como lo decíamos, una parte, un aspecto, una dimensión del proceso revolucionario latinoamericano. Cada una de ellas cubre un determinado espacio político, social e ideológico del amplio espectro de situaciones que configuraran el complejo y abigarrado panorama continental de nuestros pueblos, sus luchas, sus ideas y sus experiencias.

El aporte de cada una de estas vertientes al torrente central no es igual, ni simétrico. En unas su contribución se mide más en términos de masa, en otras, en términos de conciencia política, en algunas en términos de solidez orgánica, en otras en término de raíces en lo más profundo de nuestra historia. En unas, su contribución enfatiza el rasgo internacionalista de la lucha de los pueblos y clases oprimidas, en otras, se acentúa el perfil latinoamericano de nuestro proceso liberador. En algunas se subraya el núcleo obrero de la revolución, en otras se insiste en el carácter popular de la emancipación. Pero en definitiva, todas ellas, al reflejar parcialmente al proceso liberador en su conjunto, devienen ingredientes necesarios de éste, cuya articulación dialéctica en su seno, al calor de la lucha y de la reflexión teórica, va haciendo emerger a la fuerza dirigente de nuestra empresa de transformación social, alrededor de los núcleos orgánicos e ideológicos, que en cada país van demostrando ser lo más idóneo para hacer avanzar la lucha y para lograr unir al conjunto de los revolucionarios.

Para terminar estas reflexiones, inspiradas por el propósito de desarrollar una óptica unitaria y generosa para enfrentar la problemática de la construcción de las vanguardias en América Latina, creo que nada es más oportuno que citar las palabras de una reciente entrevista al comandante Fidel Castro, cuando fuera requerido por un periodista mexicano a dar su opinión sobre el proceso que condujo a la formación del Partido Socialista Unificado de México.

Expresó Fidel: "Someraamente puedo decir que si el Partido Comunista Mexicano estuvo dispuesto a disolverse para unirse con otras fuerzas de izquierda, su paso es positivo. Soy contrario a las capillitas y enemigo del sectarismo. Organizaciones las hay y siempre las habrá más. Crecen como la hierba y sus apóstoles se reproducen como conejos. Sobran los iluminados que interpretan la verdad única.

He visto grupos que han proclamado la verticalidad de sus principios y peleado a muerte con cuadros que postulaban exactamente sus mismas tesis. Por largo tiempo las fuerzas de izquierda se han mirado como el perro y el gato. Esta neurosis desaparece poco a poco y el sentido común se abre paso. Urdida en un rincón, la lucha aislada envenena.

Pero no hablemos de México. Quiero hablar específicamente de una regla que estimo tiene vigencia universal. De acuerdo con mi experiencia, toda unidad de izquierda es ejemplar".

Estas palabras de Fidel Castro, avaladas por la experiencia de la revolución cubana, y por su permanente esfuerzo por unir y concentrar, son las más elocuente expresión de la creciente voluntad integrativa de las revoluciones latinoamericanas, condición indispensable para la victoria.